

PROCESOS MIGRATORIOS E IDENTIDAD NACIONAL ARGENTINA:
LA INTERMITENTE RENOVACIÓN DE LA OTREDAD

Arias, Marcelo¹

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

marceloarias14@yahoo.com.ar

RESUMEN

El presente trabajo reflexiona sobre el tenso vínculo que entablan, en la historia argentina, las nociones de identidad nacional e inmigración. Para ello analiza, en primer lugar, la importancia que la temática inmigratoria ha tenido en algunos de los proyectos ‘fundacionales’ de nación que conoció la Argentina desde mediados del siglo XIX (especialmente en la obra de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento) hasta comienzos del siglo XX (en la perspectiva de autores como Leopoldo Lugones). Luego se contemplan ciertas resonancias de estas concepciones que, en referencia a determinados procesos migratorios contemporáneos, se pueden rastrear hacia fines del siglo XX y comienzos del XXI en ciertos medios de la prensa gráfica local (como el diario “Crónica”), con especial foco en el rol que estas discursividades desempeñan en el proceso de construcción de alteridades sociales.

¹ Magíster en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ). Licenciado en Letras (UBA). Docente de Posgrado en la Maestría en Comunicación (UNLZ, Seminario “Comunicación, cultura y sociedad”). Profesor de las cátedras de Análisis del Discurso y de Semiología (UNLZ). Investigador y profesor de la cátedra de Lingüística (Carrera de Letras, UBA). Profesor de las cátedras de Introducción a la Comunicación y de Lingüística (Carrera de Comunicación Social, UNM). Fue docente de Problemática de la Comunicación (UNLZ, 1999-2010) y de Gramática (UBA, 1999-2009). Autor del libro *La noticia televisiva: resplandor de un discurso inquietante* (Biblos, 2014). Conductor de radio y productor de contenidos, ha publicado artículos periodísticos en *Página 12* y textos especializados en revistas de ciencias sociales nacionales e internacionales.

PALABRAS CLAVE: inmigración, identidad, discriminación, ‘ser nacional’, racismo.

ABSTRACT

The present article reflects on the tense bond between the notions of national identity and immigration in Argentinian history. To that effect, it analyses, firstly, the importance that the immigration theme has had in some of the foundational projects of nation that Argentina had since de middle XIX century (especially in the works of Juan Bautista Alberdi and Domingo Faustino Sarmiento) and until the beginning of the XX century (in the view of authors like Leopoldo Lugones). Next, the article contemplates a hint of this conceptions that, in reference to contemporary immigration processes, can be tracked to the end of the XX and beginning of the XXI century in certain local written press (such as the newspaper “Crónica”), with special focus in the role that those speeches perform in the process of construction of social otherness.

Key words: immigration, identity, discrimination, the national being, racism.

Introducción

Todo proceso identitario reclama el establecimiento de una distinción. No hay pueblo ni individuo que pueda reconocerse como no sea demarcando su diferencia respecto de otros pueblos o individuos. Diríase que el Uno resulta inconcebible sin la previa delimitación del Otro. Ese Otro que, en ocasiones, llega incluso a ser asimilado a la figura del Enemigo. Para la nación norteamericana, por ejemplo, el fatídico 11 de septiembre de 2001 materializó la definitiva sustitución de la Otredad: si durante la Guerra Fría ese Otro tenía residencia en la Unión Soviética, iniciado el siglo XXI la alteridad se redirecciona —desdibujado ya aquel Enemigo— hacia el mundo musulmán.²

² A esa jornada también se refiere Jesús Martín-Barbero, pero en referencia a los efectos que sobre los inmigrantes latinoamericanos determinó, en EEUU, la *“legitimación de la desconfianza como método, la violación de los derechos a la privacidad y la libertad civil como comportamiento oficial de las ‘autoridades’, con el consiguiente afianzamiento de los prejuicios raciales, los apartheid étnicos y los fanatismos religiosos”* (Martín-Barbero, 2002, p. 9).

Pero este trabajo no se detendrá en el análisis de las estrategias tendientes a sostener simbólicamente la identidad de una nación ya conformada, sino en los dispositivos de constitución de identidad que conocieron naciones en vías de formación. Nos abocaremos al caso particular de la Argentina, analizando en especial ciertos vaivenes históricos que la noción de identidad ha descrito a lo largo de la corta historia de este país.

Para ello retomaremos determinados lineamientos de los proyectos de nación elaborados por algunos de los más conspicuos integrantes de la llamada Generación del 37. Nos anima la convicción de que, en la obra de autores como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi o Esteban Echeverría, se puede vislumbrar cierta temprana e incipiente madeja de conflictividad que, tal vez, al día de hoy no se haya podido desenredar.

1. Europeos industriales

Para comenzar, tomaremos la siguiente afirmación del investigador español Jesús Martín-Barbero:

“Frente a la mirada romántica que, ya desde el siglo XVIII, buscaba recuperar y preservar lo que la modernidad tornaba irremediabilmente obsoleto —en dialectos y músicas, en relatos y objetos— la mirada ilustrada legitima la destrucción del pasado como lastre, y hace de la novedad la fuente única de legitimidad cultural.”
(Martín-Barbero, 2004, p. 22).

Destaquemos que el pensamiento liberal de la Generación del 37 se encuentra atravesado por una doble vocación difícilmente conciliable: por un lado se proclama partidario de la Ilustración, y en tal sentido inscripto en la modernidad progresista que erige el valor de la *civilización* como meta suprema. Pero, a la vez, hay en estos autores (lo hay Sarmiento y lo hay muy especialmente en Echeverría) un vínculo con el Romanticismo y una consecuente recuperación de la noción de *cultura*. De allí que, a la hora de pronunciarse sobre

lo que cien años después se conocería como ‘el ser nacional’, se advierta en la postura de estos autores una tensión teórica cuya riqueza analítica no podremos soslayar.³

La nación y la nacionalidad argentinas, ¿han de constituirse a partir de los valores universales de la civilización, disponibles éstos para cualquier pueblo del mundo que los quiera importar (valores en función de los cuales se forjará una identidad nacional de cara a un futuro que prescinde de toda memoria)? ¿O bien han de definirse, esa nación y esa nacionalidad, a partir de los rasgos idiosincráticos, específicos, intransferibles de lo que el Romanticismo alemán designara como *kultur* (rasgos en función de los cuales se reconoce una identidad nacional que se proyecta desde el pasado, asentándose en cierta memoria colectiva)?⁴

El sociólogo brasileño Renato Ortiz, al ponderar el modo en que, en sus inicios, la sociología y la antropología ensalzan el vínculo entre cultura y medio físico, retoma la postura del geógrafo francés Max Sorre, para quien “*cada región del globo está habitada, material y espiritualmente, por una cultura*” (Ortiz, 1998, p. 23).

Tenemos buenos motivos para suponer que a esta afirmación suscribiría el joven Sarmiento. Baste para esta corroboración evocar tan sólo el título del capítulo 1 de la Primera Parte del *Facundo*: “*Aspecto físico de la República Argentina; caracteres, hábitos e ideas que engendra*” (Sarmiento, 1978, p. 49). Por cierto, hay allí una mirada de fuerte inspiración romántica, según la cual el suelo determina la naturaleza de sus habitantes, la vida que éstos llevan, el pensamiento que articulan.⁵

Sin embargo, a la hora de contemplar esta suerte de materialidad primigenia como aquella sobre la cual cimentar los destinos de una nación en ciernes, estos autores retroceden. Sencillamente ocurre que el ‘proyecto’ de nación que intentan promover implica el establecimiento de una serie de nociones (democracia, libertad, soberanía del pueblo) que, desde su perspectiva, entre los nativos de esta tierra no hallarán sujeto que las encarne.

³ A propósito de esta tensión teórica, las reflexiones iniciales de las que partimos fueron aportadas por el profesor Oscar Terán, en su curso de *Pensamiento argentino y latinoamericano* (Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1996).

⁴ Muy posiblemente esta ambivalencia quede plasmada en la figura de *la mirada estrábica*, que Esteban Echeverría expresara a propósito de la literatura argentina: “*hay que tener un ojo puesto en la inteligencia europea y el otro clavado en las entrañas de la patria*” (Piglia, 1990, p. 61).

⁵ Acaso ciertos aspectos de esta ponderación se muestren hoy un tanto excesivos: “*Muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias de la libertad*” (Sarmiento, 1978, p. 52). Por otro lado, tal vez no sea inoportuno puntualizar que, en este texto, trabajamos sobre el Sarmiento que hacia 1845 escribe el *Facundo*, y no sobre el polémico estadista que, lanzado a su carrera política, en el último tercio del siglo XIX formulara aberrantes y archi-conocidos pronunciamientos públicos.

Así Alberdi enfatiza la paradójica necesidad de conformar la nacionalidad argentina no tanto a partir de la población nativa cuanto de la inmigración europea, cuyo desembarco en estas vastas tierras (¿escasamente pobladas...?) entiende que debe ser alentado. De tal modo enuncia su teoría del trasplante vital de Europa en América, sobre la cual volveremos. Semejante es en este punto el parecer de Sarmiento, quien afirma: “*El elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy es la inmigración europea ... europeos industriales diseminados por toda la República, enseñándonos a trabajar*” (Sarmiento, 1978, p. 235).

Desde luego, este tipo de formulaciones no son por entonces privativas de la Argentina. Martín-Barbero advierte que, para la época, en otras incipientes naciones latinoamericanas se insinúa un derrotero semejante, según el cual “*la transformación tenía marcado de antemano el rumbo: caminar hacia ‘el mundo urbano europeizado’. De ahí que fuera lícito ... marginar o instrumentalizar a los sectores inertes, a todo lo que constituyera rémora y obstáculo*” (Martín-Barbero, 1987, p. 167).

De tal modo, en el ‘programa’ de nación que la elite intelectual liberal argentina del siglo XIX está delineando no hay lugar para el indio, para el negro, para el gaucho. Valga al respecto la evocación del aciago emprendimiento —consonante con este rumbo discriminador— que el General Julio Argentino Roca inicia en abril de 1879, a fin de despoblar (¿para repoblar?) buena parte del sur del país, con ocasión de la muy inexactamente denominada Campaña al Desierto. (La incongruencia de esta designación puede condensarse en la siguiente pregunta: si efectivamente se trataba de un territorio ‘desierto’, ¿para qué llevar entonces tantas armas?)⁶

La Argentina, pues, ha de constituir su identidad a partir del arribo de hombres y mujeres no nacidos en la Argentina... De allí que el fomento de la inmigración sea, como ya señalamos, una consigna indeleble en cierto pensamiento de la época.⁷

⁶ Reproducimos a continuación algunas apreciaciones (más bien aterradoras) que provienen del Informe Oficial De La Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición Al Río Negro (Buenos Aires, 1881): “*la superioridad intelectual, la actividad y la ilustración, que ensanchan los horizontes del porvenir y hacen brotar nuevas fuentes de producción para la humanidad, son los mejores títulos para el dominio de las tierras nuevas. Precisamente al amparo de estos principios, se han quitado éstas a la raza estéril que las ocupaba.*”

⁷ Desde luego, hemos circunscrito nuestro abordaje en este punto —como ya se insinuó— a cierta matriz de pensamiento liberal que produjo la Argentina durante el siglo XIX, entendiendo que a la luz de su lectura pueden ser analizadas y eventualmente comprendidas algunas claves del sugestivo vínculo que en la Argentina mantienen, ya desde entonces, las nociones de identidad, memoria, pasado e inmigración. Por supuesto, esta decisión no invalida la existencia e indudable validez de

Diríase que la primera parte de este operativo funcionó: efectivamente, los inmigrantes vinieron. Y vinieron en un número que superó las más auspiciosas expectativas.

Sin embargo, algo falló. Porque no vinieron los inmigrantes que la intelectualidad liberal *esperaba que vinieran*. No recaló mayoritariamente en estas tierras la inmigración sajona que Sarmiento y Alberdi propugnaban. Vino lo que, ya para 1913, Leopoldo Lugones definía, calificaba como “*la plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán ... Solemnes, tremebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron*” (Lugones, 1916, p. 15).

Y aquí asistimos a un deslizamiento sumamente significativo. Porque si para mediados del XIX el Otro era básicamente el gaucho, para fines de ese siglo la Otridad se referenciará en el inmigrante. Y si la condena al gaucho se articulaba en clave ilustrada, la condena al inmigrante (cuyo arribo, otrora requerido, era ahora experimentado como una ‘invasión’) se articulará en clave romántica. De hecho, este desplazamiento de la alteridad terminará erigiendo al gaucho como la encarnación de la nacionalidad argentina. Esto es: desplazada la delimitación del ‘Ellos’, se rediseña en consecuencia el estatuto del ‘Nosotros’.

Y será justamente Leopoldo Lugones quien lleva a cabo este operativo (¿re?)nacionalizador, según el cual a todo pueblo lo identifica su cultura, compuesta ésta de tradiciones que es necesario retomar y prestigiar.

Pero, ¿cómo reivindicar el pasado, las tradiciones, el folclore, la memoria de un país tan joven? Lugones construye para ello un ‘mito de origen’ apenas verosímil: el gaucho argentino proviene directamente de la tradición greco-romana. De tal manera que, prestigiando su ascendencia, este joven pueblo argentino se inscribe en la filiación de la sólida tradición cultural clásica.⁸

Nos interesa destacar el modo en que tiene lugar, en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, lo que nos permitiremos llamar la telurización de la nación. Contundente y voluminosa, la afluencia de inmigrantes (a la que tan comúnmente se alude, ya

otros proyectos identitarios que se desplegaron por estas tierras (algunos de los cuales, por ejemplo, no abogaron tanto por la determinación restrictiva de una ‘identidad argentina’, sino más bien por la aceptación inclusiva y plural de cierta ‘identidad latinoamericana’).

⁸ Este operativo tiene lugar durante las conferencias de Lugones luego reunidas en *El payador*. Puede sugerirse que, por entonces, el autor argentino inicia un periplo personal luego un tanto sombrío, que lo conducirá en 1923 —en su texto “Acción ante la doble amenaza”— a reclamar la deportación de los extranjeros perniciosos (“*desde el malhechor de suburbio hasta el salteador de conciencia*”), para alcanzar no mucho después el dudoso privilegio de ser el primer intelectual argentino que convoque a los militares a la escena política, tal como ocurrirá en 1930.

en la época, mediante metáforas ‘aluvionales’) derivó en el florecimiento de una concepción sustancialista de la identidad.

Agreguemos que ya por entonces empiezan a lograr considerable amplificación las diatribas contra los hombres y mujeres que, nacidos en otras regiones del mundo, se asientan en suelo argentino. Y si para fines del siglo XIX un recurrente tópico condenatorio será, por ejemplo, que los inmigrantes *nos contaminan el idioma*, para fines del siglo XX uno de los principales argumentos de rechazo será que *nos quitan el trabajo*.

El surgimiento y desarrollo de este arsenal teórico de la discriminación, en el marco del ya referido proceso de telurización, marca un momento en el cual el concepto de identidad deja ver su costado más inquietante en relación al *nacionalismo*.⁹ En este sentido, el repudio que la ‘mezcla’ despierta en ciertos sectores sociales conducirá al refugio en el criollismo como pretendida instancia de ‘pureza’ nacional y, en particular, habilitará la recuperación de esa figura tan consagrada en los relatos identitarios, en la cual no podremos sino detenernos: el concepto de raíz.

2. Gajos de civilización

*Raíz que busco y no encuentro
que vive oculta en los versos
que no escribo y que perdí...
Raíz dormida en la tierra,
raíz que enreda mis piernas
y me toca el corazón...
Raíz de toda la gente,
raíz que esquiva la muerte,
que me enseña dónde ir.
Raíz que roza lo incierto
raíz que abrazo y me invento
para así sobrevivir.*

Pedro Guerra

Muy frecuentemente —y de modo muy notorio durante el siglo XIX en el ámbito latinoamericano— los ensayos y reflexiones sobre la identidad apelan, en mayor o menor

⁹ El sociólogo mexicano Gilberto Giménez destaca, respecto de la noción de identidad, “*su aptitud para integrar mitos políticos con fuertes resonancias pasionales, como en el caso de los nacionalismos, de los etnonacionalismos y de los racismos de toda laya*” (Giménez, 2000, p. 27).

medida, a cierto registro metafórico que remite al ámbito de la botánica. Al respecto, la figura de la ‘raíz’ goza de una preferencia muy reconocible. De tal modo, muchas veces la noción de identidad es asimilada al suelo, a la materialidad del propio territorio, destacando el carácter genuino (y la consecuente legitimidad) que posee lo que nace de la tierra.

Ahora bien; notable resulta que mantengan esta retórica botánica los proyectos de país que otorgan primacía a la necesidad de inmigración. Sin la menor duda, un ejemplo paradigmático lo ofrece en este sentido la llamada teoría del trasplante vital de Europa en América, promovida por Alberdi hacia 1845. Si numerosas formulaciones sobre el concepto de identidad valoran positivamente lo que nace de la tierra, Alberdi incursiona en un extravagante vericuerdo teórico en función del cual reclamará que, de la tierra americana, nazca la cultura europea...

Así promoverá la necesidad de importar *gajos de civilización* para que en este suelo sean injertados y de allí broten:

“¿Queremos plantar en América la libertad inglesa, la cultura francesa? Traigamos pedazos vivos de ellas en los hábitos de sus habitantes y radiquémoslos aquí. La planta de la civilización difícilmente se propaga por semilla. Es como la viña, que prende y cunde de gajo” (Alberdi, 1845, p. 88).¹⁰

Sin embargo, conforme fue avanzando el siglo XX, el vínculo directo entre la noción de identidad y la imagen de las raíces en buena medida se fue debilitando.¹¹ Así lo observa Martín-Barbero (2002), quien analiza la particular impronta que los procesos migratorios adquieren en nuestro más contemporáneo mundo globalizado, destacando el novedoso concepto de *moving roots* (“raíces en movimiento”).

¹⁰ Destaquemos que, aun en proyectos y posturas sumamente divergentes, la batería metafórica de la botánica sigue gravitando en el imaginario de los autores. La socióloga argentina Alcira Argumedo cita, por ejemplo, un pasaje de *Nuestra América* en donde José Martí afirma: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas” (Argumedo, 2004, p. 19).

¹¹ Néstor García Canclini retoma un temprano antecedente de la noción de hibridación, previo a su establecimiento como categoría de uso en las ciencias sociales: “Desde que en 1870 Mendel mostró el enriquecimiento producido por cruces genéticos, en botánica abundan las hibridaciones fértiles para aprovechar características de células de plantas diferentes a fin de mejorar su crecimiento, resistencia, calidad” (García Canclini, 2000, p. 4).

Por cierto, la mera consideración de tan sugestiva categoría —acuñada originalmente por antropólogos ingleses— rediseña el debate sobre los procesos identitarios: tan extendidas se presentan en nuestro tiempo las nociones de fluidez, movilidad, circulación, que éstas han desbaratado incluso —al menos en la elucubración teórica— la fijeza inherente del concepto de ‘raíz’.

De allí la muy interesante categoría de “*territorialidad desarraigada*”, sobre la cual se ha pronunciado Ortiz (1998, p. 27) para caracterizar ciertos fenómenos socioculturales de este tiempo en el cual —al decir del antropólogo catalán Eduardo Delgado— “*sin raíces no se puede vivir, pero muchas raíces impiden caminar*” (Martín-Barbero, 2002, p. 14).

3. Bolivianos explotadores

*Perdonen que no me aliste bajo ninguna bandera
vale más cualquier quimera que un trozo de tela triste.
Yo soy un moro judío que vive con los cristianos
no sé qué dios es el mío ni cuáles son mis hermanos.*

Jorge Drexler

No son pocas las razones que permiten advertir cuán conflictiva ha resultado la efectiva implementación de esa estampa nacional de hospitalidad enunciada en el Preámbulo de la Constitución: “*Para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino*”. Evidentemente, al menos durante períodos muy considerables de la historia nacional, tal mentada vocación de apertura no ha tenido la gravitación que sí tuvieron diversos mecanismos de exclusión y selectividad. Esto se advierte —como ya vimos— durante el siglo XIX y comienzos del XX; pero también adquiere sus correspondientes articulaciones hacia fines del XX y lo que va del XXI.

Si durante el siglo XIX, como señala el antropólogo argentino Néstor García Canclini (2000, p. 4), “*la hibridación era considerada con desconfianza porque se suponía que perjudicaba el desarrollo social*”, esta actitud —desde luego que arropada de otras modalidades— a su modo pervive en nuestros días.

Por cierto, los argumentos impugnadores han mutado considerablemente. Ya no se enarbola mayormente el fantasma de la ‘degeneración’ que promueve la mezcla; no obstante, el racismo adquiere nuevas modulaciones. Al respecto, la antropóloga social Faye Harrison

acuña la categoría de *racismo posmoderno*, según la cual “*el tema dominante no es la herencia biológica sino las insuperables diferencias culturales*” (Harrison, 1995, p. 48-49).

Entendemos que esta variante contemporánea del racismo es fácilmente reconocible en distintos sectores de la sociedad argentina actual, comoquiera que ésta se encuentre conformada. Al sólo fin de ejemplificar el fenómeno, tomaremos ciertas representaciones que un medio de prensa argentino ofrece de determinados movimientos migratorios contemporáneos.

Destaquemos que los procesos interculturales no articulan colectivos sociales cerrados, definidos con antelación a ese vínculo. En el caso de las migraciones internacionales, por ejemplo, no se asiste a la reunión bajo un mismo territorio de dos culturas (la que migra y la receptora) previamente delineadas y constituidas en una especificidad inalterable. Diríase más bien que todo encuentro genera transformaciones que exceden la mera conexión. De hecho, en referencia a la expresión *inter-culturalidad*, el investigador argentino Sergio Caggiano señala que allí el prefijo “*indica la productividad más que la conectividad de una relación*” (Caggiano, 2005, p. 33).

Sin embargo, esta productividad muchas veces resulta resistida. Resistida en ocasiones por los propios inmigrantes, y muy especialmente resistida por vastos sectores de la comunidad receptora, en particular cuando se trata de una inmigración laboral mayormente compuesta por lo que se tipifica como *de baja calificación*.

Sabido es que este fenómeno no es exclusivo de la Argentina. De hecho, la figura del ‘inmigrante ilegal’ (o, diríamos, del ‘inmigrante de legalidad dificultada’) posee en las principales naciones europeas un estatuto muy reconocible.

Señalemos que, alrededor de cualquier movimiento migratorio, habría al menos dos procesos involucrados que convendría deslindar. Por un lado, la autoproclamación identitaria que el inmigrante lleva a cabo en el suelo al que arriba; y, por otro lado, la asignación identitaria que sobre él realiza la comunidad receptora (atribución en función de la cual, a su vez, la sociedad ‘nativa’ reconfigura su propia identidad). Por nuestra parte, nos detendremos brevemente en el segundo de estos procesos, analizando el rol que un medio gráfico local desempeña en el proceso de construcción de alteridades sociales.

Más arriba señalamos que, hacia comienzos del siglo XX, frecuentemente se alude a la inmigración mediante metáforas ‘aluvionales’ (o mediante figuras que, en general, remiten al dominio de la naturaleza). Es oportuno destacar que esa retórica subsiste al día de hoy en

múltiples discursividades sociales (y muy especialmente en el discurso periodístico): *ola*, *corriente*, *flujo*, *oleada*, *marea*, *torrente*, *aluvión*, son algunos de los lexemas mediante los cuales se hace referencia al arribo de seres humanos provenientes de otras tierras. Al respecto, Caggiano destaca el modo en que esta apuesta retórica, al vincular la inmigración con el ámbito de los fenómenos naturales, la homologa a un movimiento que no puede ser controlado, que es impuesto desde cierta exterioridad por fuerzas más bien extrañas.

Nada azarosamente, en ocasiones esa metafórica deriva hacia nociones de resonancia más propiamente ‘temible’, tales como *invasión* o *amenaza*. En esos casos, agregaremos, la inmigración sería concebida como una suerte de acechanza permanente, al modo en que una sociedad imprevisiblemente se ve sometida a, por ejemplo, *LA INVASIÓN DE MOSQUITOS* o *LA AMENAZA DEL DENGUE*.

Atinado sería preguntarnos, en este punto, qué es lo que la sociedad receptora advierte como amenazado, dónde reside el riesgo, en qué se basa el peligro. Podría sostenerse que mayoritariamente ya no se teme —o, al menos, no es frecuente que se manifieste temer— el riesgo de que se vea degenerada la pureza de la estirpe nacional, ni cosa parecida. Más bien circula, en especial desde los años 90 y de modo intermitente pero recalcitrante, el tópico según el cual —como ya mencionamos— los inmigrantes *les quitan el trabajo a los argentinos*. Desde luego, tal sensación de ‘amenaza’ no se circunscribe exclusivamente a este eje argumental, pero en él encuentra confortable residencia.

Sinuoso se presenta, en consecuencia, el periplo que ha recorrido este país desde la ya citada convocatoria de Sarmiento a que recalen en estas tierras inmigrantes “*industriosos*” hasta la muy contemporánea presunción de que, lejos de venir a ofrecer su trabajo, los inmigrantes *nos lo vienen a robar*.

Por otra parte, propia de cierto imaginario reaccionario nacional(ista), reconocemos detrás de esta figura un forzamiento semántico sumamente sugestivo: el trabajo es algo que, como una billetera o un automóvil, puede ser *robado*. De tal modo que querer trabajar es, en ocasiones, un modo de delinquir.

Sin embargo, al momento de ejercitar el difuso arte de atribuir identidad al inmigrante, ciertos medios optan por la franca demonización. Así noticiarán sobre los ‘trabajos’ (es decir, los delitos) más masivamente condenables a los que se entregan, en este suelo, quienes no han nacido en él. Consideremos, en este sentido, el siguiente titular que ofrece el diario “Crónica” en su edición del 1° de septiembre de 2004:

VILLA CRESPO. CAYÓ PERUANA DE 55 AÑOS QUE VENDÍA DROGA

¿A qué obedece, en ese titular, la especificación de la nacionalidad de la detenida? Cuesta reconocer la pertinencia de ese dato como no sea para vincular a esa mujer, en tanto inmigrante, con la figura del ya citado “*malhechor de suburbio*” cuya deportación reclamaba Leopoldo Lugones hace más de cien años.

Nada muy distinto podemos advertir en otra noticia que publica el mismo diario el 13 de mayo de 2009. El texto se inicia con las siguientes palabras: “*La justicia federal procesó con prisión preventiva a una pareja de bolivianos que tenía cautivas a tres adolescentes a las que explotaba laboralmente.*”

Adviértase que, para hacer referencia a los imputados, no se utilizan las fórmulas convencionalmente ofrecidas en esos casos (“dos individuos”, “dos personas”, “un hombre y una mujer”; o, si se quiere, “un hombre y una mujer de nacionalidad boliviana”), sino que se apela a la visiblemente despectiva expresión “*una pareja de bolivianos*”. El reconocimiento de esta tonalidad discriminatoria se ve favorecido por el titular bajo el cual se despliega la nota; titular en el que se proclama, bajo el insuficiente manto de la alusión al caso particular, una elocuente arenga xenófoba desprovista de todo matiz:

BOLIVIANOS EXPLOTADORES

Es sabido que la discriminación y la abierta xenofobia encuentran, en el ámbito que rodea la práctica del fútbol profesional, un terreno muy fértil de desarrollo. Las razones que motivan esta penosa realidad exceden el alcance de este trabajo, que ha orientado su interés en otro rumbo y que en breve se dispone a concluir. Es por ejemplo un ‘lugar común’, dentro del ámbito de las hinchadas de fútbol, la atribución de *bolivianidad* a la parcialidad de Boca Juniors, entendida esa atribución como una afrenta. Al respecto, resultan por demás inquietantes algunos cánticos que en ocasiones se destinan a los simpatizantes de ese equipo de fútbol.¹²

¹² Tomemos un único ejemplo que, en ocasiones, se deja escuchar en los estadios argentinos: “*La Boca es un barrio que está lleno de bolivianos / que cagan en la vereda y se limpian con la mano / los sábados a la bailanta se van a poner en pedo / y se van de vacaciones a la playa del Riachuelo. / Hay que matarlos a todos / que no quede ni un bostero.*”

No pudiendo sino tener pleno conocimiento de esta vigente configuración simbólica, resulta más bien alarmante que el 12 de diciembre de 2008, a una nota que se inicia con las siguientes palabras: “*Un ex barrabrava de Boca Juniors, que llevaba dos años y medio en libertad por purgar una condena por doble homicidio ... volvió a ser capturado*”, el mismo matutino sobre el que venimos trabajando titule esa nota del siguiente modo:

CAYÓ ‘BOLITA’ NIPONI

La designación es sin duda veraz, tal como la nota permite reconocer más adelante: “*Se trata de Fredy Jorge Cáceres Romero, alias ‘Bolita Niponi’, de nacionalidad boliviana y de 43 años*”. Sin embargo, ¿por qué razón no se opta por omitir, en el título de la noticia, la sarcástica y despectiva denominación de *bolita*? ¿Tal vez porque, recalcando esa calificación, queda constituido un ‘combo’ definitivamente amenazante (‘bolita’, barrabrava y homicida), reforzando así estereotipos que —lejos de intentar combatir— la publicación alimenta?

Por otro lado, ¿a qué obedece el uso de las comillas en el título, como si esa palabra no fuera propia? O, en todo caso, ¿el lenguaje de *quién* reproduce la publicación, dado que utiliza las comillas? ¿El lenguaje del ‘pueblo’, al cual ese diario se proclama leal?¹³ Y, de ser así, ¿qué representación tiene, este medio de prensa, de ese pueblo al cual manifiesta representar, ofrecer voz? ¿Cómo es que el mismo diario que en diciembre de 2008 ponderaba favorablemente que haya ‘caído’ un *bolita* barrabrava de Boca, el 9 de marzo de 2009 publica una nota titulada “La discriminación no es bandera”, en donde condena la exposición de consignas xenófobas que fueron destinadas a la hinchada de ese mismo club?¹⁴ ¿Qué autoridad moral nos asiste para condenar lo que, en buena medida, propiciamos?

Hemos circunscrito nuestro breve *corpus* a noticias aparecidas en el diario “Crónica”, dado que esta publicación está básicamente destinada a los sectores relegados de la sociedad. Sectores a los cuales, al parecer, se invita a una operación bastante funesta: a saber, cierto reconocimiento de un (sub)Otro dentro de su propia, eventual Otredad. ¿Acaso se intenta suscitar que los relegados tengan a quién relegar?

¹³ Destaquemos, en este punto, el histórico eslogan de la publicación: “*Crónica, firme junto al pueblo*”.

¹⁴ En esa nota se lee: “*Durante el entretiempo del partido que disputaron Independiente y Boca un grupo de la hinchada del ‘Rojo’ exhibió banderas de Bolivia y Paraguay con un número ‘12’ (en alusión a la barra boquense) y también entonaron cánticos discriminatorios.*”

En los últimos párrafos, hemos abierto distintas líneas de reflexión que este breve trabajo no abordará. En todo caso nos interesa destacar, a propósito de esa no tan velada ‘invitación’ a definir sub-otredades, que asistimos allí, una vez más, al precepto capitalista que promueve que los semejantes se consideren diferentes. En este caso, se invita al lector argentino de “Crónica” (a quien históricamente le ha costado ‘ganarse la vida’, y cuya actividad laboral durante largos períodos no ha gozado de estabilidad) a que se reconozca a sí mismo en su específica diferencia respecto del inmigrante boliviano, peruano, paraguayo (a quien *también* le cuesta ‘ganarse la vida’, y cuya actividad laboral *tampoco* suele gozar de estabilidad).

Y el fútbol, hermoso juego, en buena medida funciona como dispositivo social que afianza la desigualdad y favorece la opresión. De tal modo, en demasiadas ocasiones, el simpatizante de Boca y el simpatizante de River se asumen como mutuamente ‘enemigos’. Entonces, se insultan de tribuna a tribuna, se desafían a muerte, y a veces, efectivamente, se matan. Y raramente contemplan que sus vidas, sus ilusiones, sus padecimientos, los vuelven más afines, más cercanos, más parecidos de lo que suponen, y que el ‘enemigo’ de ningún modo está en la tribuna de enfrente. Ni en el barrio lindero. Ni en el país hermano.

El enemigo nunca es el vecino.

O bien el ‘enemigo’ no existe, o bien está en otra parte (no en la tribuna de enfrente), bregando porque en el estadio de fútbol nunca llegue a consumarse una auténtica, genuina, definitiva ‘fiesta popular’.

* * * * *

BIBLIOGRAFÍA

Alberdi, J. B. (1845). “Acción de la Europa en América. Notas de un español americano a propósito de la intervención anglo-francesa en el Plata” (*El Mercurio*, Valparaíso, 10 y 11 de agosto de 1845), en *Obras completas*, tomo III.

Argumedo, A. (2004). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Caggiano, S. (2005). *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires: Prometeo.

García Canclini, N. (2000). “Noticias recientes sobre la hibridación”, en *Revista Transcultural de Música*, texto presentado como conferencia en el VI Congreso de la SibE, Faro.

Giménez, G. (2000). “Identidades en globalización”, en *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*. Vol. VII. No. 19. Septiembre/Diciembre de 2000.

Harrison, F. (1995). “The persistent power of ‘race’ in the cultural and political economy of racism”, en *Annual rev, Anthropol*, N° 24, Tennessee.

Informe Oficial de la Comisión Científica Agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879, bajo las órdenes del General Julio A. Roca (Buenos Aires, 1881).

Lugones, L. (1916). *El payador*. Buenos Aires, s/e.

Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Ediciones Gili.

----- (2002) “Técnicidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”. *Revista Diálogos de la Comunicación* N° 64. Noviembre 2002. Departamento de Estudios Socioculturales. Guadalajara: ITESO.

----- (2004). “Nuevos regímenes de visualidad y des-centramientos culturales”, en L. Rodríguez-Carranza y M. Nagle (eds), *Reescrituras*. Ámsterdam-Nueva York: Rodopi.

Ortiz, R. (1998). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Piglia, R. (1990). *Memoria y tradición*. In: Congreso Internacional Abralic, 2, Belo Horizonte.

Sarmiento, D. (1978). *Facundo: civilización y barbarie* [1845]. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.